

La Logia P-2 una historia de pequeños y grandes "chantas"

por Gregorio SELSER

Allá por los años 40s. una revista de humor porteña popularizó un tipo de personaje muy común en la picaresca de la capital argentina: el del falso influyente, el gestor y arreglador que a fuerza de ingenio y caradurismo obtiene, tanto en los niveles oficiales como de la vida cotidiana, resolver cualquier asunto y salir siempre indemne no obstante sus notorias fabulaciones. Es "El Gordo Villanueva", voluminoso, simpático, dueño de una medalla dorada similar a las de oro legítimo que usan los diputados y senadores, que apenas muestra, como al pasar y a modo de tarjeta de visita, junto a su estentórea presentación: "—Soy el doctor Villanueva, gñññññmm. . . de la Nación". "El Gordo" no es doctor en nada, y su ininteligible "gñññññmm" es la apoyatura para la que sí suena impresionante, lo de ". . . de la Nación". Esto y la medalla obran milagros y abren todas las puertas.

Eso fue, quizás, la pintura anticipada de lo que con el tiempo recibió el nombre de "chantapufi", locución que por razones de brevedad quedó mocha y se transformó simplemente en "chanta" no muchos años después de que los porteños la adoptaran en la década de 1950. El "chantapufismo" se generó, quizás, en las decenas de miles de italianos que arribaron a la Argentina en la segunda posguerra, dispuestos a "hacer la América" a favor del boom industrialista de los años de Perón. Aunque los emigrantes fueran técnicos de nivel medio, semicalificados, lo más normal era que adujeran ser "ingenieros". Jamás tuvo Argentina tantos "ingenieros" en plomería, o en tornería, o en instaladores de cocinas de gas domiciliarias. Después, cuando los dólares del Plan Marshall inundaron Italia, los "ingenieros" retornaron con premura a su patria, en coincidencia con la retracción económica de la segunda presidencia de Perón.

Años después, en Milán, le preguntamos a nuestro colega de *Il Giornale*, Franco Pierini, uno de los mejores conocedores de la realidad latinoamericana, de dónde procedía la palabra "chantapufi". Le dijimos que en Roma nadie la conocía. Nos miró con incredulidad. Era una locución arcaica, recordaba Pierini, pero sólo usada en la zona de Génova. ¡Qué extraño que fuese de uso común en Buenos Aires! Sí, por supuesto —agregó— el "chantapufi" era una mezcla de logrero, fabulador, estafador, aventurero, pícaro y quizás mitómano, pero siempre simpático. Uno no podía enojarse en serio con él aunque resultara víctima de sus operaciones y raterías. Empleaba tanto ingenio en ellas. . .

EL "CHANTA" VALORI

Quizás no hubo en ese campo un personaje que se ajustara más al modelo que el muy influyente Giancarlo Elia Valori, un italiano que en la década de 1960 se presentó como un "Doctor Villanueva", aunque no era gordo ni revoleaba medallas doradas. Las credenciales que ostentaba eran de todos modos impresionantes: estrecha cercanía al Papa, al Quirinale (Casa de Gobierno italiana), a las altas finanzas milanesas y a la industria pesada de Turín, sin contar otros grupos de presión, círculos de poder y logias indefinidas de su patria. Captó enseguida al presidente Arturo Frondizi, porque éste era mucho más veloz que aquel en carreras de olfato a mediano y largo plazo, y se dejó captar.

Cada tantos meses Valori se aparecía por Buenos Aires con el pretexto de dictar cursos o pronunciar conferencias sobre la situación en Europa, la política de las potencias, el porvenir de la industria en el Mediterráneo y sus adyacencias y las posibilidades de inserción de la Argentina en el fluctuante mundo de la economía moderna. Eso sí, nunca habló de arte etrusco ni de la música de Vivaldi ni de la pintura de Modigliani. Pero jamás le faltaron aulas académicas ni auditorios respetables. La que ocurría fuera de sus charlas públicas, que era lo que en verdad importaba, poco se sabía. Entre alusiones y susurros sólo se dejaba traslucir que platicaba de tú a tú con los papas —o en todo caso con los principales políticos del Vaticano, con los Agnelli, con los jefes de la siempre gobernante Democracia Cristiana, con los representantes de las altas finanzas.

LAS AMISTADES PECULIARES

Cayó Frondizi, le reemplazó José María Guido, y Valori siguió con sus misteriosos periplos, que se suspendieron durante la presidencia de Arturo Illia, que procedía de otra vertiente política. Derrocado Illia, reapareció Valori. Estaban proscritos los partidos y la actividad política, pero Valori podía hacer política subliminal en favor del régimen militar de Onganía, como profesor visitante, en la Pontificia Universidad Católica Santa María de los Buenos Aires, la Universidad del Salvador (de los jesuitas) y en los llamados "centros de estudios" que se crearon como forma de eludir la prohibición de los partidos políticos. Valori hablaba en los "centros de estudios" controlados por el grupo de Frondizi y su asesor Rogelio Frigerio.

Durante los dos primeros años del Onganiato, en la única publicación opositora de edición regular, inédita, sus redactores jamás pusimos el nombre correcto del misterioso hombre-correo a quien los militares jamás le esculcaron sus maletas. Simplemente escribíamos Giancarlo "Chanta" Valori. Nuestros lectores sabían a qué nos referíamos. Falso o cierto, de él se decía que con su influencia ante el Vaticano había logrado que le fuese levantada la excomunión a Juan Domingo Perón, excomunión de texto más ambiguo que sus implicaciones concretas, y que le había sido fulminada a raíz de la quema de iglesias y sucesos conexos ocurridos en Buenos Aires en junio de 1955.

Falso o cierto, Giancarlo "Chanta" Valori era aludido o susurrado como "enlace" entre el exiliado Perón, Frondizi, los militares "nacionalistas" argentinos, el Vaticano y los inversionistas italianos de la Fiat y Montedison. Al comienzo de la década de 1970 esa fama estaba tan difundida, que cuando se percibió que la operación del retorno de Perón a la Argentina era una probabilidad bastante más realista que las despectivas dudas del general Alejandro A. Lanusse acerca de ese regreso, la prensa italiana señaló la gestoría y actuación relevantes del "Chanta" Valori en todo ese proceso.

ENTRA EN ESCENA GELLI

Hacia fines de 1972 se consuma el primer viaje efectivo de regreso de Perón a la Argentina, al cabo de 18 años de obligado exilio. Es noviembre. Antes de emprender el cruce del Atlántico, la prensa mundial —incluyendo la argentina— registra un inexplicable viaje de Perón, su esposa, su secretario José López Rega y una exigua comitiva de la que participa Valori, desde Madrid hasta Roma. La prensa italiana afirma que el jet de Alitalia que trae y lleva a Perón ha sido contratado por la Fiat gracias a la gestión de Valori. Puede que haya ponzoña en la revelación, pero ni Valori ni la Fiat lo desmienten.

Cuando Perón llega a Italia, gran parte de los muros de las ciudades más importantes están plétóricas de pintas en su favor, la principal y más repetida de las cuales es "¡Evviva Perón!" Ni Valori tiene tanto dinero como para ilustrar tantas paredes, ni al peronismo se le habría ocurrido saludar así a su líder. . . en Italia. No tarda en saberse que todo el crédito y el mérito se deben al "Fronte della Gioventù", el frente juvenil del neofascista Movimento Sociale Italiano (MSI); Perón se entera de ello cuando los líderes "misinos" Almirante, Caradonna y Tedeschi van a saludarlo y a expresarle su adhesión. Como tantos otros "chantas", no desean quedar al margen del proceso populista que —así lo perciben— volverá a registrarse en la Argentina. Perón, que caza al vuelo el sentido de esas adhesiones aunque por principio jamás rechaza ninguna, observa en este caso y explicita una vieja desconfianza: "Plantavotos" —gruñe aludiendo con ese italo-porteñismo a los fascistas que en lugar de sumarle simpatía, sin duda se la restarán.

En su discurso de agradecimiento se referirá al "pueblo italiano" y no al MSI —¿por qué habría de hacerlo, sabiendo que millones de argentinos que no son fascistas siguen siendo fieles a su persona y que sólo esperan su regreso para probarse, a votarlos?—, y anunciará además que espera para pronto que "un millón de italianos" emigren a la Argentina para respaldar con su trabajo el prodigioso proyecto de reactivación económica que, él así lo cree, se pondrá en marcha a su regreso.

Posiblemente piensa y recuerda su primer periodo presidencial (1946-1952), o quizás no sea una regresión anacrónica (como muchas otras en las que incurrirá durante su tercero y corto gobierno) sino que existiría en verdad un programa económico-financiero de vastos alcances, una de cuyas expresiones sería la apertura hacia los desaprovechados mercados del campo socialista.

Y es aquí donde ingresa la figura de Licio Gelli.

GELLI DESALOJA A VALORI

Hasta ahora las versiones sobre el primer encuentro entre Perón y Gelli no coinciden. Según unos, el ya importante capo de la Venerabilísima Logia Propaganda-2 se hizo presentar a Perón a raíz de ese viaje a Italia de noviembre de 1972, y el introductor fue Valori, quien era miembro de la P-2, entre sus muchas afiliaciones. Según otros, ese conocimiento databa de meses atrás, y se había producido en Madrid, actuando también Valori como introductor diplomático.

La diferencia sustancial entre Valori y Gelli era —además de lo que en términos boxísticos mencionaríamos como distancia entre un peso mosca y un peso pesado—, consistía en que el primero era un gestor, un intermediario, un hombre-llave para ciertos asuntos, mientras que el segundo añadía a esas dotes la de ser un frío hombre de negocios y un astuto militante político aunque sin filiación partidaria definida.

Gelli es propietario de una empresa de trajes de confección, "Girole", que ubica su producción en Rumania y Corea del Norte, y que no sólo aspira a ampliar sus mercados incluyendo a China Popular, sino que ha logrado diversificar los rubros mercantilizables que produce. Le va tan bien en esa dirección que, según la prensa italiana que se está ocupando de sus milagros y andanzas, destaca su amistad personal con el líder rumano Nicolae Ceausescu, a quien —se dice— tenía frecuente acceso sin necesidad de pedido previo de audiencia.

Esa "conexión rumana" está avalada por la creación, en París, de un cierto "Instituto de Estudios para una Alternativa Económica Mundial", que entre sus presidentes "honorarios" incluye al citado Ceausescu, al ex presidente Frondizi y al ex rey Constantino de Grecia, y entre sus vicepresidentes a Frank Carlucci, ex embajador de Estados Unidos en Portugal, ex subdirector de la CIA y actualmente número 2 del Pentágono. Ese instituto publica al poco tiempo un libro de Ceausescu, el nuevo curso, que lleva como prólogo una presentación de Giancarlo Elia Valori, que funge como secretario general de ese organismo.

Valori y Gelli continúan juntos en la P-2, pero meses más tarde, no se sabe por qué, el segundo expulsa al primero de la organización. El "chanta" pequeño es desalojado por el "Gran Chanta". (Continuará)

ITALIA

Por Landrú



COMO VIO el humorista Landrú el escándalo de la P-2, en Clarín de Buenos Aires.